

# Saber y poder en las *Historias* de Heródoto<sup>1</sup>

CAMPOS DAROCA, Javier  
*Facultad de Humanidades de Almería*

## Abstract

Following the recent research on Herodotus' presence in his own *Histories*, this paper inquires the issue in an indirect mode, that is, through detecting characters that behave the same way Herodotus does. A parallel can be drawn between Herodotus as a researcher and kings, both performing the same "investigations" with very similar methods and purposes. The author tries to put forward an explanation for such a curious kinship.

## I

Una de las características de las *Historias* de Heródoto —que es al mismo tiempo un notable atractivo— es la presencia del propio autor en el texto. Los estudiosos han trabajado intensamente en estos últimos años en esos preciosos pasajes en que Heródoto "se enuncia" y nos hace saber de manera explícita cuál es su criterio para incluir una u otra noticia, su opinión sobre las causas, verdaderas o aducidas, de los acontecimientos y sus convicciones en torno a las posibilidades y los límites de su saber<sup>2</sup>. La importancia de estas breves pero significativas

1. Las leyes del género han impedido que este trabajo se haya beneficiado, como otras veces, de los comentarios y sugerencias del Prof. Lens Tuero. La deuda, sin embargo, no es menor a la obra ya extensa y reconocida del Prof. Lens, así como a la riqueza y solidez de su enseñanza. Lo que sigue difícilmente habría sido posible sin el privilegio de haber accedido a ambas. Mis compañeros, los Drs. J.L. López Cruces y P.P. Fuentes González no han escapado a mis *drafts*. Al primero debo también sugerencias de interés e información bibliográfica. Mi agradecimiento.

Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación PB 88-0483 de la DGICYT que está desarrollando actualmente el grupo de trabajo «Historiografía Antigua» (nº 1062 PAI).

2. La literatura empieza a ser voluminosa. Fundamental es el libro de F. Hartog, *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*, Paris 1980, esp. pp. 271 y ss.; Marincola, J., "Herodotean Narrative and the Narrator's Presence", *Arethusa* 20 (1987), pp. 121-38; Dewald, C., "Narrative Surface and Authorial Voice in Herodotus' *Histories*", *ibid.*, pp. 147-70; Darbo-Peschanski, C., *Le discours du particulier. Essai sur l'enquête hérodoteenne*, Paris 1987, pp. 105 y ss.; Beltrametti, A., *Erodoto: una storia governata dal discorso. Il racconto morale come forma della memoria*, Firenze 1986; Calame, C., "Erodoto: discorso storico o racconto letterario?", en *Il racconto in Grecia. Enunciazioni e rappresentazioni di poeti*, Roma-Bari 1988, pp.73-94 (ed. francesa, Paris 1986; el artículo es de 1985).

intervenciones del autor, generosas si se comparan con las que nos ha dejado Tucídides, reside obviamente en que nos permiten entender una labor que para nosotros, con o sin acierto, inaugura el género historiográfico.

Existe, sin embargo, un segundo modo de acceder a la imagen que Heródoto podía tener de sí mismo como autor. Pero esta vez no se nos ofrece directamente en la forma de una declaración del propio Heródoto, sino de manera implícita, a través de figuras y personajes de las *Historias*.

No extrañará si, una vez más, para entender esta técnica herodotea de "autopresentación", apelamos al modelo de la épica. Como se sabe, buena parte del conocimiento que tenemos de la actividad rapsódica se deriva del cuadro que el aedo nos da de sí mismo en las figuras de Femio, Demódoco o Tamiris<sup>3</sup>. El problema está en establecer con qué fidelidad refleja esta presentación poética interna la situación real de los poetas épicos en tiempos homéricos. Como en un buen número de cuestiones de filología homérica, tampoco en este punto hay acuerdo, pero nos inclinamos a pensar que existe un cierto desplazamiento entre representación y referente. Improvisación ante el público, ejecución cantada y acompañada instrumentalmente y dimensiones reducidas son rasgos que no responden a la *performance* épica que se postula en la edad arcaica, sino aporta una imagen idealizada de la propia tradición y sus modos. De acuerdo con Nagy<sup>4</sup>, la presentación de recitaciones en los poemas homéricos es correcta diacrónicamente pero no lo es desde el punto de vista sincrónico de la tradición rapsódica arcaica. Una situación análoga podemos postular para Heródoto, pero en este caso, el desplazamiento que se da entre el historiador y las figuras que a lo largo de las *Historias* parecen remedar su tarea es de naturaleza crítica: Heródoto pretende superar y asumir estas figuras en una de mayor autoridad y generalidad.

La primera figura que nos permite reconocer a Heródoto dentro de sus propias *Historias* es, como ha visto Nagy, la del *lógios*<sup>5</sup>, con la que se abre la polémica narración de los enfrentamientos entre Europa y Asia. No se trata propiamente de un personaje de las *Historias*, sino de la figura no menos central en la obra herodotea del "informante". En el caso de Homero, a la demanda del aedo responde la Musa como instancia autorizada que inspira el canto; en el de Heródoto, el punto de partida de los *lógoi* no es la Musa sino los *lógoi*, ante los que el autor no adopta una posición de aceptación sumisa, sino que los asume desde una perspectiva crítica que se expresa tanto directa como indirectamente<sup>6</sup>.

3. Cf. Svenbro, J., *La parole et le marbre: aux origines de la poésie grecque*, Diss., Lund 1976 (trad. ital., Torino 1984).

4. *Pindar's Homer. The Lyric Possession of an Epic Past*, Baltimore-London 1990, pp. 21 y ss.

5. "Herodotus the *logios*", *Arethusa* 20 (1987), pp. 175-184 (reelaborado en la obra citada en nota 4, pp. 215 y ss.).

6. Cf. Calame, *art. cit.*, pp. 75-78.

Heródoto retoma en su proemio la función de mantener viva la memoria de los grandes hechos a través de la presentación pública de su obra. Con ello se vincula a la tradición encomiástica que encuentra expresión en dos géneros bien diferenciados: la épica heroica y la lírica de los epinicios. Pero Heródoto se sitúa a sí mismo en una tradición independiente de la poesía: la de los *lógiot*, maestros del discurso en prosa que Píndaro equipara a los poetas (*aoidot*)<sup>7</sup>. Que Heródoto se identifica con esta tradición queda claro a partir de la formulación del proemio, donde el autor asume como tema fundamental de su indagación el establecimiento de las causas del conflicto entre griegos y bárbaros. Este tema es retomado inmediatamente en la exposición de los relatos de los *lógiot* persas y fenicios, que pretenden determinar, desde diversas tradiciones nacionales, la responsabilidad del conflicto a través de un repaso a la historia mítica. El concepto de *lógiot* se vincula, pues, simultáneamente tanto a la indagación de las causas y como a un propósito encomiástico<sup>8</sup>.

Creemos que ha sido Benardete<sup>9</sup> quien más lejos ha llevado la búsqueda de estos reflejos de Heródoto en los personajes de su propia indagación. Según Benardete, las *Historias* constituyen un conjunto en el que hasta detalles aparentemente nimios tienen un sentido; Heródoto nos da lo general a través de lo particular, de modo que la interpretación debe seguir el sinuoso curso del las *Historias*, apuntar la dimensión general de los contenidos particulares y completar los vacíos de una argumentación fragmentaria. En esta línea de interpretación, casi todos los personajes de las *Historias* vienen a representar, en mayor o menor medida, la figura de Heródoto e ilustran aspectos de su actividad. La historia de Giges y Candaules<sup>10</sup>, por ejemplo, revela a través de la peculiar acción de sus personajes un curioso momento de la indagación herodotea. Candaules afirma que los ojos son mas fidedignos que los oídos, lo que, fuera de contexto, podría valer como declaración de principios para toda la obra herodotea; Giges, siguiendo una vieja norma de general aceptación, la de no ver lo ajeno, prefiere aceptar lo que le cuentan. Al mostrar su esposa desnuda a Giges, Candaules le obliga a transgredir dos normas de diverso alcance: una particular, la de los Lidios y la mayor parte de los bárbaros, que condena la contemplación del desnudo, incluso el masculino, y otra más general, puesta en labios de Giges, como sabiduría antigua de todos los hombres: nadie debe ver lo que no es suyo. Para Benardete, la primera es en realidad una expresión particular de la segunda, y es esta norma general la que Heródoto transgrede con sus indagaciones: "The *Inquiries* of Herodotus continually

7. Píndaro P. 1.92-94.

8. Sobre esta coordinación de intereses véase recientemente el libro de D. Lateiner *The historical method of Herodotus*, Toronto-Buffalo-London 1989, pp. 6-10.

9. *Herodotean Inquiries*, The Hague 1969.

10. 1.8-12.

show him looking at alien things. He looks at the customs of non-Greek people"<sup>11</sup>. Esta cara negativa y un tanto impía del historiador representa una perspectiva inusitada pero extremadamente interesante para nuestros propósitos. En efecto, nos encontramos ante un aspecto de la actividad herodotea que se aproxima peligrosamente a la funesta ὕβρις. Consciente de los resbaladizos límites de su indagación, Heródoto pone en claro el alcance y las restricciones de la misma que se derivan tanto de posibilidades materiales como de imperativos religiosos y morales<sup>12</sup>. En contraste, los monarcas aúnan en las *Historias* un poder omnímodo y un deseo sin control que los convierte en el contramodelo de la moderación herodotea. A esta superación en el orden del poder va aparejada otra menos evidente pero igualmente importante en la modalidad del saber. Las razones por las que Heródoto ha sido menos explícito con esta última se encuentran en la ambigua situación de la institución monárquica en Grecia, su asociación a personajes como el tirano y, sobre todo, el Gran Rey, que representan la negación de la sociedad política, en la cual reconoce el griego su identidad frente al mundo bárbaro<sup>13</sup>. En las páginas que siguen intentaremos explorar este curioso parentesco entre el historiador y el monarca en ambas dimensiones. Egipto, país que concentra la más intensa y explícita labor investigadora por parte de Heródoto y la más extensa galería de reyes de las *Historias*, es un buen punto de partida.

## II

El libro II se abre, como es sabido, con un curioso experimento que ha suscitado muchas perplejidades. El pasaje es, sin duda, de una importancia notable desde diversos puntos de vista<sup>14</sup>, pero como preámbulo a la imponente presentación de la civilización y la historia egipcias, la conclusión del faraón sobre la antigüedad de su pueblo no puede más que sorprender, sobre todo cuando el conjunto del libro II basa sus argumentaciones en la aceptación de la prioridad de los egipcios respecto de los demás pueblos. La sorpresa resulta tanto mayor cuanto que los frigios parecen ser, si sacamos cuentas, un pueblo bastante joven, mientras que los egipcios habían sostenido desde siempre (más de 17000 años si hemos de creerlos) su prioridad cronológica y, lo que viene a ser lo mismo, cultural. En cualquier caso, los egipcios -prosigue nuestro historiador- aceptaron sin más los

11. *Op.cit.*, p. 12.

12. Darbo-Peschansky, *op.cit.*, pp. 21-82.

13. Sobre la monarquía como institución bárbara véase Hartog, *op.cit.* esp. pp. 328 y ss.

14. A.B. Lloyd ha sistematizado los presupuestos históricos y científicos, así como el modo de argumentación seguido en este peculiar experimento, en su comentario *Herodotus. Book II. Commentary 1-98*, Leiden 1976, pp. 5-7.

resultados de la experiencia: "por lo tanto, y sacando deducciones de este hecho, los egipcios convinieron en que los frigios eran más antiguos que ellos"<sup>15</sup>. Al lector moderno le queda la incomodidad de una contradicción sin resolver cuando en el capítulo 15 de este mismo libro Heródoto afirma sin ambages que, según su opinión, que hasta el momento no ha discrepado de la de los sacerdotes, los egipcios existen desde que existe el género humano. Las lecturas de estos capítulos oscilan entre quienes como Heidle<sup>16</sup> solucionan todo por medio de fuentes, Hecateo en este caso, y los que, como Benardete, consideran que Heródoto expresa a través del relato del regio experimento un motivo fundamental de su visión de Egipto<sup>17</sup>. Otros manifiestan sencillamente su perplejidad aportando sin mucha decisión algunas razones de tan raro proceder<sup>18</sup>.

Creemos que la paradoja puede resolverse fuera de la dicotomía unidad/análisis si la abordamos desde un punto de vista "genérico" que atienda a la función del pasaje dentro del libro II. El relato del experimento de Psamético desempeña estructuralmente el papel de proemio en el libro egipcio, y una comparación con el no menos polémico proemio a toda la obra revela una ilustrativa y decisiva analogía: la pregunta acerca de los orígenes es en ambos casos el punto de partida del que deriva la narración. Se trata de un tópico que aparece ya bien explícito en los primeros versos de la *Ilíada*, en una formulación que responde de manera bastante estrecha a lo que encontramos en Heródoto<sup>19</sup>. Pues bien, en los dos pasajes herodoteos que comentamos el lector se enfrenta a una contradicción implícita parecida. Al presentar la narración de los sabios persas sobre el origen del enfrentamiento, Heródoto lleva la narración a un punto en el que parece que queda claro que, a los ojos de los habitantes de Asia, es Grecia la que lleva las culpas en el conflicto; sin embargo, Heródoto añade sin más su opinión de que, por lo que el sabe, fue Cresos el culpable al someter las ciudades griegas de Asia. De manera análoga, Heródoto relata en detalle el experimento de Psamético y la confirmación de los sacerdotes, para luego afirmar sin más que, en su opinión, los egipcios remontan a los orígenes del género humano y que, si se sigue esta opinión, queda claro el absurdo de la teoría de los jonios sobre Egipto. La incompatibilidad en ambos casos entre la opinión de los sabios locales y la del propio Heródoto es

15. 2.2.5.

16. *Hecataeus and the Egyptian priests in Herodotus, Book II*, *Memoirs of the American Academy of Arts and Sciences*, XVIII, 2. Boston 1935 (reimp. New York-Londres 1987), pp. 57-60.

17. *Op.cit.* pp. 32-5.

18. Froidefond destaca el carácter esencialmente griego de la historia, cuyo tono es característicamente polémico contra uno de los mayores títulos de gloria de esta tierra, su antigüedad sin parangón; cf. *Le mirage égyptien dans la littérature grecque d'Homère a Aristote*, Aix-en-Provence 1971, pp. 140-1.

19. Paralelismo de dicción señalado oportunamente por Nagy, *op.cit.*, pág. 218 nota 23 y 220 nota 34.

patente, pero no totalmente expresa, lo cual no disminuye el tono polémico de la misma. Hay que leer entre líneas para concluir por qué Heródoto considera erróneos otros *lógoi*, y en esta operación, inevitablemente, se pueden leer cosas diversas.

Este curioso proceder de Heródoto en la redacción de sus *Historias* es sin embargo el más coherente que puede adoptar para hacer justicia tanto a las noticias que acepta como a su propio método de "contar lo que se cuenta"<sup>20</sup>. En efecto, la pregunta que se hacen los egipcios es indisociable de la caracterización que Heródoto hace de ellos como *logiótatoi in historicis*<sup>21</sup>. Este superlativo responde adecuadamente a la pregunta por el comienzo en términos absolutos: los orígenes del género humano, momento que marca el único punto de partida adecuado para una sabiduría tan antigua como la egipcia. Recuérdese que cuando Heródoto advierte que va a extenderse sobre Egipto se justifica por el volumen sin paralelo de cosas admirables que ofrece, más —nos dice— que todo el resto de la tierra<sup>22</sup>. Esto es en realidad el primer tópico del proemio, los *érqa megála kai thōmastá* tan mencionados, que, unidos al polémico experimento de Psamético nos dan, en superlativo, la formulación binaria que abre las *Historias*: grandes obras y pregunta por los orígenes.

Se nos perdonará este pequeño *excursus* en un asunto que sólo de lado toca el problema. Lo fundamental de todo esto es que Heródoto alinea a Psamético con los *lógoi* y, consecuentemente, consigo mismo. Psamético es, en efecto, un rey inquieto al que debemos todavía otra comprobación de un problema no menos importante para Heródoto: las fuentes del Nilo. Esta vez, sin embargo, Heródoto ha sido más crítico, o ha querido recoger la crítica, y rechaza lo que un funcionario del templo de Sais le asegura, convencido de que la explicación es pura guasa. Los comentaristas subrayan que, por el contrario, el pobre secretario del templo de Sais podía estar hablando en serio; la explicación de las fuentes del Nilo que da a Heródoto responde bastante bien a la idea que los habitantes de Egipto se hacían del origen de su río<sup>23</sup>.

Una lectura atenta del texto muestra que la investigación del monarca saíta es descrita en términos análogos a los que utiliza Heródoto cuando da cuenta de sus propias pesquisas. Para empezar, uno se pregunta qué pudo hacer dudar a Psamético de lo que había sido, según Heródoto, una convicción inveterada de los egipcios. Sabemos, igualmente por Heródoto, que este faraón fue el primero en abrir el país a los extranjeros, sobre todo a griegos y carios a quienes permitió

20. 7.152.3. Cf. Shimron, B., *Politics and belief in Herodotus*, Stuttgart 1989, pp. 5-16.

21. 2.3.1; 77.1.

22. 2.35.1.

23. Lloyd, *op.cit.*, II, pp. 111-115; Beinlich, H., "Die Nilquellen nach Herodot", *ZASA* 109 (1976), pp. 11-14.

establecerse en Egipto. Pero fue más allá: hizo que niños egipcios aprendieran el griego y con ello establece por primera vez la posibilidad de una interacción cultural sin paralelo en la antigüedad<sup>24</sup>. Parece que esta actitud inquieta e investigadora de Psamético es perfectamente coherente con el influjo griego, jonio más concretamente, que se abre camino en el Egipto saíta. La inquietud del monarca es del mismo orden que la del propio Heródoto ante el problema del Nilo: la voluntad imperiosa de resolver un problema (*ethélēse eidénai - boulómenos eidénai*), las aporías de la información y el recurso a procedimientos indirectos (basados igualmente en presupuestos de orden general sobre el orden de la naturaleza); además, en ambos casos se rechaza la *communis opinio* sobre la cuestión. Menos explícito, por la poca seriedad que le merece, es Heródoto a propósito del segundo experimento de Psamético, pero los términos en que describe la acción del monarca es significativa: "y que esas fuentes son insondables, dijo (sc. *el secretario del templo de Sais*), se puso a comprobarlo el rey Psamético"; la expresión que hemos traducido por "se puso a comprobar" es en griego *es diápeiran apikésthai*, expresión que Heródoto utiliza para describir su propia actividad indagadora (77.1; *diápeira* es también el experimento de los niños en 15.2). Parece, pues, que Heródoto presenta a Psamético como un colega en la dura tarea de la *historiē*. Y un colega modelo, pues no duda en presentar los resultados un tanto decepcionantes de su experiencia.

Un caso en el que la asociación entre *historiē* y realeza es especialmente significativo nos aparece de nuevo en el libro II. Se trata de la cuestión fundamental de las fuentes del Nilo, un pasaje fundamental para la "metodología" herodotea<sup>25</sup>. Heródoto se encuentra en la aporía típica del investigador: una pregunta sin respuesta satisfactoria que debe suplir mediante una concienzuda labor de búsqueda de información. Ésta llega en esta ocasión por medios muy indirectos: unos hombres de Cirene cuentan a Heródoto una entrevista que tuvieron con Etearco, rey de los Amonios, durante la cual la conversación vino a caer en el tema de las fuentes del Nilo; Etearco les cuenta, a su vez, en una ocasión tuvo la oportunidad de preguntar a unos Nasamones si algo nuevo se sabía sobre la cuestión; éstos relatan cómo unos jóvenes bastante osados de su tribu, pertenecientes a las familias dirigentes, se propusieron entre otras extravagancias explorar los desiertos de Libia "para ver si alcanzaban a ver más allá de lo que nadie había visto". Tras atravesar todas las zonas de Libia fueron apresados por unos hombres enanos que los condujeron a una ciudad; por esa ciudad corría un río de oeste a este en el que se veían cocodrilos. Ahora bien, todo este elaborado relato en el que se imbrican al

24. Vogt, J., "Herodotos in Aegypten. Ein Kapitel zum griechischen Kulturbewusstsein", en *Festschrift W. Schmidt*, Stuttgart 1929, pp. 97-137, esp. 105-110 (versión resumida en Marg. W. (ed.), *Herodotos. Eine Auswahl aus der neueren Forschung*, Darmstadt 1965<sup>2</sup>, pp. 411-33).

25. 2.32.

menos tres discursos indirectos es referido como el *lógos* de Etearco, aunque éste constituya tan sólo una de las fases de transmisión; pero a él se debe la conclusión que caracteriza al *hístōr*: "en cuanto al río que por allí pasaba el propio Etearco concluía (*sunebálleto*) que se trataba del Nilo, y desde luego esto nos lleva a pensar el razonamiento." El razonamiento es aquí de nuevo por analogía y permite a Heródoto conjeturar el curso del Nilo por referencia al Danubio. Para nosotros es importante constatar que el historiador ha elegido para fundar la autoridad del relato la figura del monarca de los Amonios, apasionado como él mismo por las cuestiones geográficas hasta el punto de indagar entre los viajeros "si podían decirle algo nuevo sobre los desiertos de Libia".

Pero los monarcas en Heródoto rara vez son tan moderados. En efecto, como ha tenido ocasión de demostrar V. Munson en un artículo reciente<sup>26</sup>, la figura de Cambises recibe en las *Historias* de Heródoto los rasgos de un "historiador enloquecido". La descripción de la fase final de la locura de Cambises y sus desmanes es bastante elocuente: profana las tumbas para contemplar morbosamente las momias, penetra en los recintos prohibidos de los templos, ridiculiza las costumbres religiosas egipcias que anteriormente ha indagado, envía exploradores a investigar los *lógoi* que se cuentan sobre Etiopía. El asesinato del hijo de Prexaspes puede leerse como la parodia de un experimento que refuta un *lógos*. Heródoto hace hincapié en el carácter impío de las indagaciones de Cambises; el monarca persa transgrede uno de los límites fundamentales con los que Heródoto define el alcance de su *hístōrē*: los asuntos divinos. Como contraste, todo el libro II testimonia la discreción de Heródoto en este terreno, en una sociedad donde la religión es omnipresente.

La narración de la locura de Cambises se cierra con uno de los pasajes cumbres de las *Historias*: el "experimento" de Darío, por medio del cual se comprueba el valor absoluto que para cada comunidad tienen sus propias leyes. De nuevo, Heródoto hace de un rey un *hístōr*, esta vez modélico, que responde en el campo ético a lo que Psamético es en el ámbito de la historia; coincidencias de expresión subrayan el paralelismo<sup>27</sup>.

En este punto podemos hacer una comparación reveladora. La conclusión de Darío acerca del valor de las costumbres, al mismo tiempo relativo y absoluto, encuentra paralelo en otro importante pasaje de las *Historias* en el que Heródoto, tras dar cuenta de las diferentes y contradictorias versiones sobre el espinoso asunto de la colaboración argiva con los persas interviene una vez más en primera persona para decir: "pero sé bien que si todos los hombres concentraran en un mismo sitio

26. "The madness of Cambyses. (Herodotus 3.16-38)", *Arethusa* 24 (1991), pp. 43-65, esp. pp. 50 y s.

27. 2.2.5-3.38,1.



los males propios con el propósito de intercambiarlos con los vecinos, cuando hubieran echado un ojo a los de al lado, se volverían a llevar muy gustosamente los que habían traído"<sup>28</sup>. Heródoto demuestra también, esta vez en forma negativa, el carácter absoluto que para cada comunidad tiene todo aquello que la distingue e individualiza. Heródoto, como Darío, se sitúa por encima de esas particularidades, ajeno a ellas puede contrastarlas y evidenciar sus limitaciones. La diferencia entre los dos casos reside en que Darío, en su calidad de rey, puede realizar el experimento en su corte. Las conclusiones de Heródoto, por el contrario, apoyadas en la sabiduría tradicional<sup>29</sup>, se alcanzan en el plano de la suposición, y se expresan adecuadamente por la modalidad hipotética. Es esta modalidad la que permite al historiador superar la limitación humana y alcanzar un grado de generalidad que le está vedado a cualquier particular. Heródoto hará igualmente uso de esta modalidad en la narración de los acontecimientos para construir "posibles" y sus consecuencias, como es el caso, central para la reconstrucción de la *Tendenz* herodotea, de la defensa que emprende el autor de los méritos de Atenas en la batalla de Salamina<sup>30</sup>. Ya sin el fondo de la tradición gnómica, que es todavía fundamental en Heródoto, basará Tucídides su reconstrucción del pasado en esta capacidad de manejar la hipótesis<sup>31</sup>.

28. 7.152.2.

29. Cf. Nagy, G., "Mythe et prose en Grèce archaïque: l'*Aïnos*", en Calame, C. (comp.), *Métamorphoses du Mythe en Grèce antique* (Religions et Perspectives n.4), Genève 1988, pp. 229-42. Nagy observa que la formulación de Heródoto recuerda las fábulas de Esopo (266 Perry), lo que permite entender las *Historias* según ese peculiar modo de comunicación que es el *aïnos*.

30. 7.139. Cf. Lateiner, *op. cit.*, pp. 80-2, quien subraya el uso enfático de la partícula modal en este preciso pasaje.

31. Cf. Krischer, T., "Die Rolle der irrealen Bedingungssätzen in der Geschichte des griechischen Denkens", *Glotta* 57 (1979), pp. 39-61, esp. pp. 52-3, donde Krischer comenta el pasaje que nos ocupa dentro de la evolución del uso de las formas hipotéticas desde Homero hasta Tucídides. Se aporta aquí un paralelo especialmente significativo: la actuación de Amasis para ganarse el respeto de sus súbditos (2.172.3-5). Como se sabe, Amasis demuestra *de facto* la vanidad de los prejuicios de los egipcios que le imputaban su origen plebeyo por el ingenioso procedimiento de hacer una imagen venerada a partir de un objeto usado para los más viles menesteres. Comenta Krischer: "Statt der Realisierung hätte der König sich auch mit der *Fiktion* begnügen und *argumentieren* können "Wenn ich aus einem goldenen Fusswaschbecken ein Götterbild herstellen liesse, würdet ihr es ehren; warum versagt ihr also mir meiner niederen Herkunft wegen die Achtung"" (pág. 53; la *italica* es mía). Sobre la figura de Amasis y las anécdotas que protagoniza véase el interesante artículo de J.L. López Cruces en este mismo volumen. A la figura de Ciro se atribuyen sendos ejemplos de argumentación "mostrativa" (1.125-6. Ciro convence a los persas de la ventaja de rebelarse contra los medos haciéndoles trabajar un día y disfrutar de los placeres al siguiente) y "discursiva" (9.122. Ciro convence a los persas de la necesidad de seguir siendo un pueblo "duro" si quieren permanecer libres).

## III

El monarca realiza aquello que el historiador sólo puede conjeturar. Los límites de la tierra no han sido alcanzados por nadie, pero está en el ánimo del déspota persa hacer de esos límites las fronteras de su dominio<sup>32</sup>. La expedición de conquista realiza esta ambición, pero es también, ineludiblemente, una empresa descubridora que amplía los límites de la experiencia. Un nuevo ámbito de la indagación, la geografía, queda abierta de manera privilegiada al poder sin fronteras del monarca.

En un contexto de carácter fuertemente especulativo, la discusión acerca de los límites de la tierra, en polémica con la geografía jonia nos dice Heródoto: "La mayor parte de Asia fue descubierta por Darío, quien, dado que quería saber del río Indo, que es el segundo de todos los ríos que tiene cocodrilos, por dónde desemboca este río al mar, envía con embarcaciones a quienes confiaba en que le dirían la verdad, entre otros sobre todo a Escílax, un hombre de Carianda."<sup>33</sup> El resultado de esta expedición exploradora y del conocimiento fiable que de ella se obtiene es la conquista de la zona explorada por Darío<sup>34</sup>.

Otros movimientos de los monarcas a lo largo de las expediciones están guiados por la simple razón de contemplar algo digno de verse. Heródoto relata cómo Darío y Jerjes se desplazan o adelantan con respecto a la ruta de su ejército para contemplar espectáculos naturales como el Ponto o la desembocadura del Peneo<sup>35</sup>. Pero el desinterés es aparente. A propósito de estos pasajes, D. Konstan<sup>36</sup> ha llamado la atención sobre ciertos rasgos peculiares de esta curiosidad regia. Para Konstan, la mirada de los reyes ante estos grandes espectáculos naturales es de una clase especial y en buena medida una característica propia. Se trata de una contemplación guiada por la pasión y que se dirige a aspectos materiales y cuantitativos del objeto: es la mirada que supervisa el ejército, que cataloga las propiedades y sopesa el valor de las cosas. Existe un verbo que designa esta acción visual: *theáomai*, casi siempre dependiendo de un verbo *volendi*. A éste se opone la manera que tienen los griegos de contemplar el espectáculo de sus certámenes, donde se pone en juego la excelencia (*areté*) por un premio que carece de valor crematístico: una corona de olivo; esta visión se designa propiamente con

32. 7.8γ.2-3. Sobre los motivos del expansionismo persa, cf. Gallota, B., *Dario e l'Occidente prima delle Guerre Persiane*, Milano 1987, esp. pp. 143-218.

33. 4.44.1. Cf. Peretti, A., *Il Periplo di Scilace. Studio sul primo portolano del Mediterraneo*, Pisa 1979, pág. 19.

34. Para preparar la expedición a Grecia envía Darío una expedición de exploración de las costas de Grecia con el cometido de observar y anotar lo más notable. 3.134.6; 136.1.

35. 4.85-87 y 7.128-30, respectivamente.

36. "Persians, Greeks and Empire", *Arethusa* 22 1-2 (1987), pp. 60-73.

el verbo *theōréō*. El episodio de los desertores arcadios expresa en forma casi gnómica la contraposición entre estas dos maneras de ver<sup>37</sup>. Para Konstan esta diferencia se corresponde en términos generales con las de griego/bárbaro y virtud/dinero. Y bien puede ser, pero lo que a nosotros nos interesa poner de relieve es que *theáomai* es también, como ha visto Konstan<sup>38</sup>, la mirada de Heródoto en Egipto. En efecto, se ha podido constatar que la apreciación herodotea del país del Nilo es marcadamente cuantitativa; Heródoto parece exclusivamente impresionado por el volumen y la masa, que determinan estrictamente la cualidad "taumatológica" (*sit venia verbo*) de lo visto<sup>39</sup>.

El recorrido de la expedición regia es a la vez descubrimiento y conquista. Caminante más modesto pero igualmente inquieto, Heródoto refleja en sus *Historias* un camino que es doble: el de sus avatares viajeros que los filólogos se esfuerzan en reconstruir<sup>40</sup> y el de su propia obra: "seguiré adelante en mi relato ocupándome por igual de las pequeñas y las grandes ciudades de los hombres"<sup>41</sup>. Las expresiones por las que se controla esta narración recurren con cierta frecuencia los verbos de movimiento en una construcción que tendemos a describir en términos de meras perífrasis aspectuales (por ejemplo *ἔρχομαι ἐρέων* en el pasaje citado); pero Letoublon ha mostrado que deben interpretarse en un sentido metafórico: el relato es un camino<sup>42</sup>. El modelo épico de Odiseo es, *pace* Jacoby, difícilmente eludible<sup>43</sup>.

#### IV

Pero el caso paradigmático de este afán indagador, de esa mirada gobernada por la pasión y sospechosa, por tanto, de la funesta *hýbris* es el de Alejandro. Como ha señalado recientemente Jacob<sup>44</sup>, la curiosidad intelectual es uno de los componentes fundamentales de ese peculiar deseo (*póthos*) de Alejandro que le empuja a seguir avanzando. Gracias a Estrabón, conocemos la imagen de Alejandro como monarca ilustrado que presentaba Patrocles: "Tampoco está falto de credibilidad esto que dice Patrocles: que los que hicieron la expedición con

37. 8.26.

38. *Art. cit.*, pág. 69 nota 21.

39. Hartog, *op.cit.*, pp. 243-9.

40. Ejemplo clásico e insuperado es el de Jacoby en *RE Supp.* II (1913) s.v. "Herodot", cc. 247-280. 41. 1.5.

42. "Les verbes de mouvement en grec: de la métaphore à l'auxiliarité?", *Glotta* 60 (1982), pp. 178-196, esp. pp. 185-6.

43. Nagy, *op.cit.*, pp. 231 y ss.; cf. Jacoby, *art.cit.*, col. 491.

44. "Alexandre et la maîtrise de l'espace. L'art du voyage dans l'«Anabase» d'Arrien", *QS* 34 (1991), pp. 5-40.

Alejandro investigaron cada cosa de manera sumaria (*ἐπιδρομάδην ιστορήσαι ἕκαστα*), pero que Alejandro mismo hizo una detallada investigación (*ἀκριβῶσαι*), al presentarle una descripción de cada tierra los que mejor conocimiento tenían de ella<sup>45</sup>.

En la novela de Alejandro, el componente "científico" experimenta una notable hipertrofia. La voluntad de saber es ya una auténtica manía que queda reflejada en algunos de los episodios más suculentos del relato<sup>46</sup>. Alejandro escribe a Olimpias y a su maestro Aristóteles cómo, después de haber conquistado el mundo conocido, emprende el camino que lo llevará a los límites de la tierra. El relato del recorrido fantástico está constituido por tres motivos: la sucesión de *mirabilia*, el miedo de los expedicionarios y la voluntad inquebrantable de Alejandro por alcanzar los límites de la tierra. Pero ahora ya no se trata de conquistar, sino de ver, del deseo de contemplar lo nunca visto y de explorar lo inexplorado, que en el descuidado griego de la novela se expresa significativamente con el verbo *historeîn*<sup>47</sup>. Como muestra, una de las más notables fantasías<sup>48</sup>: "De nuevo me puse a pensar y me pregunté si realmente allí se encontraba el límite de la tierra y es allí por donde el cielo desciende. Quise entonces indagar la verdad (*ιστορήσαι τὴν ἀλήθειαν*)". Ordena Alejandro atrapar dos grandes pájaros blancos a los que unce un yugo del que cuelga una cesta; en ella se mete Alejandro, que gobierna las dos enormes aves carnívoras por el ingenioso expediente de sostener ante ellas un gran trozo de carne por medio de unas pértigas. Las aves remontan el vuelo hasta lo más alto del cielo. "Entonces —cuenta el rey— me sale al paso un ser alado de forma humana y me dice «Alejandro, tú que no entiendes lo de la tierra ¿indagas (*epizētēis*) lo del cielo?»". La criatura muestra a Alejandro el panorama desde arriba: "Y he aquí que veo una gran serpiente enroscada y en medio de ella una era minúscula. Y me dice el que me había salido al encuentro «Dirige la lanza hacia la era, que es el mundo; la serpiente es el mar que rodea la tierra»". Así pues, Alejandro ha conseguido ver por fin, desde esa posición única y envidiable de los dioses<sup>49</sup>, la imagen de la tierra de los primeros geógrafos, de

45. Str. II 2,6. Una detallada revisión de los datos acerca de esta dimensión exploradora de la expedición de Alejandro y de sus resultados en el artículo de F. Pfister "Das Alexanders Archiv und die hellenistische-römische Wissenschaft", *Historia* 10 (1961), 30-67. Pfister considera la *Erkundungsabteilung* del ejército de Alejandro una prolongación de los intereses enciclopédicos del Peripato (p. 48); una descripción del archivo en pp. 56 y s.

46. Seguimos la edición crítica y anotada de H. van Thiel *Leben und Taten Alexanders von Makedonien. Der griechische Alexanderroman nach der Handschrift L*, Darmstadt 1983.

47. II 38,2; 4; 39,1.

48. II 41,8-13.

49. Sobre el saber "aéreo" del geógrafo, cf. Jacob, Ch., "Carte greche", en Prontera, F. (comp.), *Geografía e geografi nel mondo antico. Guida storica e critica*, Roma-Bari 1983, pp. 49-67, esp. pp. 62-64. Según Jacob, "la cartografía es un aspecto del orgullo humano, lo que los griegos llamaban *hybris*".

Anaximandro y Hecateo, la que Heródoto criticaba porque, para él, los límites de la tierra eran todavía desconocidos<sup>50</sup>.

## V

Hasta ahora la dimensión indagadora del monarca parece ser tan sólo fruto de una disponibilidad inusitada de medios y del desarrollo casi patológico de la voluntad para realizarla. Ciertamente, a nadie en el mundo antiguo se le escapaba que esta actividad comportaba numerosos gastos, unos gastos que difícilmente podían asumir los particulares. "¿Cómo es posible —se pregunta irritado Polibio— que un pobre particular como Piteas haya podido recorrer por mar y tierra tales distancias?"<sup>51</sup>. Por el contrario, la fiabilidad de Patrocles y sus exploraciones está garantizada, según Estrabón, por numerosos testimonios, entre ellos "los reyes que le han encomendado tan gran empresa"<sup>52</sup>. La actitud de Polibio y Estrabón es bastante significativa, y cuando Diodoro nos dice a propósito del límite Sur de Egipto que "desde la región de los Trogloditas y las más alejadas zonas de Etiopía en un trecho de más de cinco mil estadios no es fácil navegar por el río ni hacer la ruta a pie a menos que se disponga de un cortejo real o de un equipamiento considerable"<sup>53</sup>, está expresando claramente que determinados descubrimientos están reservados a la iniciativa real. Los ejemplos podrían multiplicarse.

Pero no es sólo esto. Los monarcas añaden a sus innumerables recursos una ventaja que es más bien del orden del saber y que da una dimensión nueva a esta solidaridad entre monarca e investigador. Creemos que la reciente obra de Nagy apunta convenientemente en qué consiste el parentesco<sup>54</sup>.

Las *Historias* se nos presentan como una narrativa que, desde una posición privilegiada y por un medio específico, pretende dirimir una cuestión de naturaleza marcadamente jurídica: la responsabilidad de las Guerras Médicas. Este aspecto

50. 4.36,2.

51. En Estrabón II 4,2. Curiosamente, R. Dion, que ha indagado con detalle la estrecha relación entre poder y saber geográfico, defiende que, pese al silencio de los autores al respecto, la expedición de Piteas fue promovida por Alejandro como documentación previa para sus famosos planes en occidente; Dion considera acertada, aunque poco afortunada, la observación de Polibio que Estrabón parece suscribir; cf. *Aspects politiques de la géographie antique*, Paris 1977, pp. 176 y ss., esp. pág. 181.

52. II 1.6.

53. Diodoro I 30,3.

54. Tomamos de la obra de Nagy tan sólo un aspecto bastante puntual de lo que constituye uno de los planteamientos más complejos de la actividad literaria de Heródoto, definida en breves palabras por la apropiación de las tradiciones épicas reconocidas por los griegos en un discurso integrador que asume, en el medio de la prosa, idéntico cometido encomiástico que la poesía épica pero según un modo de comunicación que lo emparenta con la poesía pindárica; vd. *Op. cit.*, pp. 215-338.

jurídico de la narrativa se expresa de manera cumplida precisamente en el término *historiē*, conectado con *hístōr* en el sentido de "árbitro", "testigo", personaje al que por su autoridad reconocida socialmente toca dirimir las disputas ya en la *Ilíada*. En este sentido, Heródoto asume e integra la poesía hesiódica, en la que la figura del *hístōr* es representada por el rey ideal que sabe dirimir el enfrentamiento de forma recta y justa gracias a una autoridad que proviene de Zeus. La competencia del árbitro no deriva de manera exclusiva de la observación directa, como puede hacer pensar la etimología tantas veces trazada y reconducida a la exigencia de *autopsía*, sino de una autoridad que le permite ver más allá de las cosas, saber más que los demás y juzgar en consecuencia. Citamos por extenso a Nagy:

The *hístōr*, whose authority is derived from Zeus as king, can be understood as thereby having the privileged vantage point of the gods themselves, who can see without being seen. The same goes for the *historiā* 'inquiry' of Herodotus: when he *sēmainei* 'indicates' that Croesus is *aitios* 'responsible' for the ultimate conflict between Hellenes and barbarians (Herodotus 1.5.3), he is in effect speaking from a privileged vantage point similar to that of the god Apollo, who *sēmainei* 'indicates' by way of his Oracle (Heraclitus 22 B 93 DK) —and who likewise declares that Croesus is *aitios* (Herodotus 1.91.4)<sup>55</sup>.

La autoridad de la sabiduría regia permite entender lo que parecen insuficiencias del pensamiento lógico herodoteo. Volvamos al comienzo. El experimento de Psamético adolece, según Benardete<sup>56</sup>, de un error de argumentación, dado que el rey concluye directamente que los egipcios son el segundo pueblo más antiguo, cuando, en realidad, tan sólo ha quedado demostrado que no son los de mayor antigüedad, como ellos creían. Pero otros pasajes del mismo libro ponen de manifiesto que esta aparentemente precipitada conducta demostrativa es típica de los monarcas. Así por ejemplo, la historia de Rampsinito y el ladrón concluye: "Rampsinito demostró gran admiración y le dio en matrimonio a la hija aquella, porque era el más astuto de todos los hombres; pues los egipcios eran en este punto superiores a los demás, y él a los egipcios"<sup>57</sup>. Es la posición privilegiada del monarca la que permite la generalización y otorga validez a la misma. Véase también el comportamiento de Amasis con los oráculos<sup>58</sup>; sólo en calidad de monarca puede sancionar la validez de los oráculos como "verdaderos" o "falsos". El momento de la experiencia, que Amasis desarrolla en su vida como "particular",

55. *Op. cit.*, pág. 261. Hemos suprimido las notas de la cita. Sobre la relación entre mánica y la actividad indagadora de Heródoto en el ámbito de lo no visible véase el excelente libro de A. Corcella *Erodoto e la analogia*, Palermo 1984.

56. *Op.cit.*, pp.

57. 2.121.

58. 2.174.

es secundario con respecto al ejercicio del saber autorizado que le confiere la dignidad real<sup>59</sup>.

Así pues, a la capacidad material los monarcas añaden una ventaja que aún saber y poder: la autoridad. Arriano expresó de manera ejemplar la felicidad de esta coincidencia entre autoridad regia y labor historiográfica en su significativa opción a la hora de seleccionar las fuentes para su *Anábasis*: la predilección de que es objeto la narración de Ptolomeo deriva sobre todo de la autoridad que le confiere su calidad de monarca, y no sólo del hecho de haber sido testigo directo, como tantos otros historiadores, de los acontecimientos. Un rey que cuenta mentiras no es, en definitiva, un rey.

59. Análogo es el caso de Cresos y su prueba de los oráculos (1.46-49). La historia de Arión presenta en el tirano Periandro una combinación curiosa de indagación y autoridad (1.24.6-7); cf. Packman, Z.M., "The incredible and the incredulous: the vocabulary of disbelief in Herodotus, Thucydides, and Xenophon", *Hermes* 11 (1991), pág. 400.